

# De la tradición al futuro\*

Winston Orrillo

*Departamento Académico de Comunicación Social*

**A**lgunos están a la espera del nuevo milenio, sin darse cuenta que éste, ya hace algún tiempo, se halla con nosotros.

Vivimos inmersos en una carrera desesperada –en una vorágine– por alcanzar un futuro que ya somos nosotros mismos, y que no puede ser sino algo que se base en una sólida, secular, centenaria tradición, mas no entendida ella como un estamento esclerosado, sino como la fuerza motriz –viva, actuante– de la sangre espiritual que vive en nuestros pensamientos y acciones.

Se trata de reinventar el sentido mariateguiano de tradición, como incentivo para armar el presente y construir un futuro en cuyo desiderátum se halla esa reingeniería de la que todos hablan, pero muy pocos entienden.

«Jorge Puccinelli Converso»

Los que nos hallamos inmersos en tareas del quehacer educativo, sabemos que, a veces, las divisiones temporales no son sino ficciones que los hombres usan para justificar sus inquietudes o sus búsquedas más o menos complejas.

---

\* Ponencia leída en el certamen *San Marcos ante el nuevo milenio* en abril de 1999, en la Facultad de Letras.

Perseguiamos insertarnos en los caminos del futuro, a menudo, para huir de un apremiante presente, que nos agobia, y al que no sabemos o no hemos podido dar solución.

Por eso, cuando nos preguntamos por San Marcos y necesariamente la Educación en el siglo XXI, nos provoca decir: ¿y por qué, mejor, no liquidamos todo lo que está pendiente de solucionar, en este campo, en la presente, agonizante centuria?

Estamos acabando un siglo –y un milenio– y aún tenemos masas ignaras que no han accedido ni siquiera al alfabeto. Pero, peor, hay millones de semianalfabetos, o analfabetos por vocación, que no obstante saber leer, no leen, o leen sólo esa basura, esa suerte de estercolero ominoso que es la llamada prensa popular (*chicha*, la llaman algunos), conformada por una retahíla de pseudoperiódicos que, detrás de sus fachadas (perdón, portadas) de colorines, esconden la siniestra mano de los servicios de inteligencia que pretenden digitar la estupidización colectiva, como una necesidad de conseguir masas acríticas y fácilmente manipulables.

Estamos por darle la vuelta al calendario del segundo milenio y todavía no hemos resuelto el problema de los muchos miles que comienzan la escuela y, asimismo, la Universidad, y luego la abandonan, y permanecen en esa suerte de limbo de una protoeducación que muy poco les sirve, y, en ocasiones, bloquea sus reales posibilidades de desarrollo social y humano.

«Jorge Puccinelli Converso»

Mas también están éstos que concluyen las carreras profesionales y no pueden acceder a grados y títulos, cuyo costo ha subido exponencialmente. Pero luego está el otro reto, que es el de los profesionales-taxistas o empleados esclavizados en los *services*, que han devenido en una nueva suerte de fábrica de ilotas (que no es lo mismo que idiotas, pero se le parece).

En pleno mundo de la *Tercera Ola*, ahítos de las *Nuevas Tecnologías* –o *Tecnologías de Punta* (que muy pronto envejecen, por otra parte)–; puestos en el *mundo virtual* que se abre a nuestros pies, de ninguna manera seremos *apocalípticos* (en el sentido que usara este término el famoso semiólogo y novelista, Umberto Eco), mas sí estaremos atentos a desarrollar una *recepción crítica* de los medios masivos de comunicación, sin los cuales, por otra parte, en estos momentos, ya no se puede concebir una nueva Universidad.

Nueva Universidad, Nueva San Marcos, sí, que será global, pero asentada en lo vernáculo, con sus añosas raíces históricas que, paradójicamente, en el advenimiento del III Milenio, la tornan joven porque sus metas siguen impertérritas: continúan apuntando hacia sus veneros centenarios, a los que, por otra parte, nunca ha traicionado.

Caminamos, pues, ya prácticamente en el nuevo milenio, y no hemos podido perfilar, con claridad meridiana, esa Nueva Universidad, una *Universidad para la vida* que aparece como *desiderátum* en la doctrina de los más ilustres teóricos de la Educación Superior.

El divorcio entre lo teórico y lo práctico, de un cierto tipo de Universidad, todavía, a estas alturas de la historia, medra en forma desproporcionada, a pesar de los esfuerzos, realmente realizados, para superar este lastre.

El problema de la relación entre cultura y educación es otro reto que debemos solucionar antes de entrar, a pie firme, en el nuevo milenio: muchos confunden –se confunden– y no dan con el clavo de una educación que sea la difusora y recreadora de aquello que, denominándose cultura, está en permanente proceso, en creación ininterrumpida.

Otro problema educativo singular es el que surge de la relación entre lo público y lo privado: frente a una educación privada de privilegios y para los privilegiados, la pública –cada vez más, sobre todo en esta etapa de neoliberalismo furibundo– corre el peligro de irse en picada, y representa el refugio de los desposeídos (cuyo número crece desmesuradamente al haberse decapitado a las clases medias entre nosotros), y se caracteriza, mayormente, por sus geológicas desigualdades, por sus fallas y falencias mendicantes. Y esto, sin dejar de anotar, que lo público está –como quien no quiere la cosa– pasando a ser privado.

Amén de que hoy en día –nadie puede negarlo– es casi un estigma ser egresado de una Universidad Nacional, sobre todo a la hora de competir en el despiadado mercado de trabajo, discriminador y, por qué no decirlo, hasta en cierta forma racista.

Aquí surge, pues, un punto neurálgico más: ¿cómo educar en los valores humanos si estamos en el seno de la sociedad deshumanizada que privilegia y adora al *becerro de oro*?

Y, finalmente, y ahora hablamos, por fin, como miembros del Departamento Académico de Comunicación Social, ¿cómo contrarrestar el venenoso influjo de unos omnímodos (y omnívoros) medios de comunicación masiva, que destilan antivalores y son movidos únicamente por ese “poderoso caballero” que es Don Dinero?

Nosotros educamos, y los medios deseducan. Nosotros enseñamos, y los medios desenseñan. ¿Cómo compabilizar. Igualmente, la defensa fundamental de la libertad de prensa y de opinión, con el necesario control (o autocontrol) que tiene que extenderse a esa gran tierra de nadie que es la comunicación social, que es en realidad, incomunicación, y que –por lo menos en la hora presente– tiene un negro horizonte para el campo educativo en todos sus niveles, a pesar de sus nunca negadas, intrínsecas potencialidades.

Claro que la telebasura *ad usum* puede ser fácilmente reemplazada por el cable, pero cuando planteamos, en el aula, que nuestros alumnos accedan a éste, nos damos con la sorpresa de que –es un promedio– en un salón de sesenta estudiantes apenas cinco o seis tienen instalado el cable en sus televisores (ni siquiera el paquete económico que no llega a los veinte dólares mensuales). O sea que nuestros sanmarquinos acaban el siglo presente con una tal falencia económica que los obliga al refugio en una comunicación televisiva que es una ofensa para la sensibilidad y que, como expresivamente afirma nuestro polémico y querido *condottiero*, Marco Aurelio Denegri, *desneuronaliza* a quienes la frecuentan.

Los comunicadores reeditamos, a cada momento, el mito bíblico de David contra Goliat. Luchamos contra omnímodas (y omnívoras) fuerzas adversas. Nos enfrentamos cotidianamente a una poderosa comunicación ciertamente siniestra, que desarma mentalmente al ser humano, que lo quiere dominar, que lo domina que lo manipula, que lo torna un aliento ahíto de necesidades artificiales y aherrojado en la cárcel dorada de la sociedad de consumo, bien desodorizada, bien empaquetada, bien sepulcro blanqueado, bien *Jockey Plaza*. Y todo va mejor con *Cola Cola* y *La vida se vive mejor con una Pilsen*, pues *Cristal es la cerveza del Perú*, mientras nos sentimos melancólicos porque la bebida de sabor nacional ha sido asimilada al *american way of life*, lo que nos globaliza mejor aun (“globalicemos los unos a los otros”. Y esto incluye misiles como los de la OTAN hoy mismo lanza a diestra y siniestra, con el propósito de tender una cortina de humo sobre el *coitus interruptus* de Mr. Clinton). Y aquí, en el Perú, felizmente, no existe la

xenofobia porque si uno lee la lista de los ejecutivos de las empresas más importantes de apellidos que, por cierto, no son ni telúricos ni magnéticos...  
¡Punto a favor!

Cuidado, pues, con la llamada “borrachera de los medios”, o sea aquella apócrifa euforia de los que creen (bien o malintencionadamente) que los Medios Masivos de Comunicación lo son todo. Y que, en sus divinas manos, está solución de los problemas del hombre, de esos urgentes problemas ante cuya creciente magnitud la Universidad no puede estar de espaldas.

Cuidado, pues, con las apócrifas panaceas que, a lo largo de los tiempos que corren, ven que sus caretas se caen para recordarnos la carroña social que pretendían ocultar. De este modo, estamos en una realidad que ya accedió a lo virtual, pero que no por ello deja, aún, de asentarse en un piélagos de injusticias perfectamente verificables.

Discurramos por las supercarreteras de la información, apropiémonos de toda la ciencia y la tecnología que podamos, seamos los amos de todos los nanosistemas posibles, pero no olvidemos el substrato social del que procedemos, al que pertenecemos, al que, en definitiva, nos debemos.

No sea que nuestras alas, las que nos elevan casi al infinito, sean como las de Ícaro –¡de cera!– y que se derritan, lo cual hará que nos precipitemos estrepitosamente en nuestro propio, irresoluto abismo.

Tenemos, pues, que enseñar a leer críticamente a los medios. Y lo hacemos. Y nuestros alumnos, a pesar de las monstruosas injusticias que padecen en el mundo que les ha tocado vivir, siguen adelante.

Últimamente constatamos, en nuestra Escuela, que mejoran el nivel de nuestras tesis, y que nuestros graduados, haciendo ímprobos esfuerzos, investigan y desmitifican a los grandes monstruos de la *incomunicación*. Esto debemos decirlo con modesto orgullo.

Los sanmarquinos, sea como fuere, siguen adelantándose al siglo que ya está llegando. A pesar de la discriminación que contra ellos se ejerce, pobre de la Institución o medio que los acoja: una vez que esto sucede el sanmarquino se queda, por una sola y única razón: *porque es el mejor*, porque no sólo lo hemos formado con excelencia académica, sino porque procede de esa fuente, señores, de ese venero inexhaustible que es el de nuestro pueblo.

Nosotros no tenemos a *enfants gatées* ni *enfants de tête* entre nuestros alumnos. El elemento humano que discurre por nuestras aulas es muestra de la variopinta nacionalidad sufriente del Perú: su enjundia es nuestro orgullo; su valor, nuestra presea; su trascendencia, la de la patria siempre invicta, a pesar de los avatares de su historia de los todos los tiempos.

Porque, en definitiva, no creemos que una Nueva Universidad pueda sustentarse sobre una sociedad cuyos cimientos estén corroídos por la carcoma de la injusticia, la corrupción y la inhumanidad fundamentales, que son los pilares en los que se sustenta el neoliberalismo o capitalismo salvaje –como lo ha llamado explícitamente Su Santidad.

Creemos que si nuestra Nueva Universidad del Tercer Milenio olvida su papel decisivo, como conciencia crítica –no genuflexa– del medio social en el que se halla, sólo tendremos un espejismo de Universidad o –lo que es lo mismo– una Institución aséptica, desodorizada, químicamente pura –*light*, en definitiva– cuya proyección se parecerá, un poco, a esos sepulcros blanqueados que, en las capitales del mundo unipolar, hoy son fábricas de androides, que no sirven sino para decirnos qué lejos están aquellos tiempos en que la Universidad era el centro neurálgico de los cambios, de las transformaciones definitivas de la Historia.

En efecto, como dice Toffler, una nueva civilización está emergiendo en nuestras vidas, pero no caigamos en el miraje de creer que ella, y su consabida parafernalia tecnológica, constituyen el *non plus ultra*.

Rescatemos lo nuevo de lo viejo, y eso no puede ser –para la Universidad– sino el concepto, altivo y enhiesto, de la criatura humana, la constructora del devenir histórico, la muerta, sepultada y rediviva, la que nos dice, como en el inmortal *Canto coral a Túpac Amaru* del gran Alejandro Romualdo:

“¡Y no podrán matarlo!”

San Marcos, nuestra *Alma Mater*, donde hemos pasado la mayor parte de nuestra vida, felizmente ha dado muestras reiteradas de que tiene suficientes reservas étnicas, humanas, filosóficas, y que en él convergen las fuerzas más diáfanas de la nacionalidad.

Más grande que sus problemas —que no son pocos— antigua, nueva, renovada, nuestra Universidad, premunida de las Nuevas Tecnologías —a la que accede con una conciencia que no puede ser sino crítica— no tiene problema alguna para ingresar (ya ha ingresado) al Nuevo Milenio, y ya sentimos que su marcha se acompaña con estas históricas palabras:

¡Adelante, paso de vencedores!  
Armas a discreción...

Con la diferencia que, en nuestro caso, las armas son las de la cultura, el pensamiento, la estética y el invencible sentido de adhesión a ese bello pleonasma vallejiano —*el hombre humano*— razón y sentido de nuestras docencia y dicencia.

Pues, junto con el refulgir de las máquinas “inteligentes” de hogaño —o de ese futuro que es hoy— en San Marcos no dejan de resonar las integérrimas palabras de filósofos que, como el austero Marco Aurelio, nos recuerdan que “todo se desvanece, y rápidamente se convierte en leyenda, y, rápidamente también, el olvido más completo lo cubre de polvo... Porque todo es efímero, lo que recuerda y lo recordado”... Y todo se hunde en un río, “el de las cosas que pasan” y en “una corriente impetuosa, el tiempo”.

Quiero concluir estas palabras, con la expresión más encendida de homenaje a nuestros maestros, a los que nos formaron, paladinamente: entre otros, a Raúl Porras, a Manuel Beltroy, a Luis E. Valcárcel, a José Russo Delgado, a Luis Alberto Sánchez, a Alberto Tauro del Pino, todos ellos en la gloria de la tarea cumplida con la inteligencia y la dignidad de una patria justa que supieron forjar, y que legaron a nuestras herederas voluntades.

Queremos decirles que su viva imagen está, hoy, en las acciones de nuestros profesores jóvenes y nuestros alumnos, que saben, sanmarquinamente, superar las vicisitudes del presente, y con la ayuda de las más modernas tecnologías, labran el sólido edificio de una universitaria dimensión humana que no sólo se proyectará en el siglo XXI sino *ad vitam aeternam*. ¡Así sea!